

despiertan los infortunios por los que pasó el Códice, ayudará a conocerlo mejor a la hora de valorar su utilización.

SANTIAGO ROSTOM MADERNA

SUSANNE SCHOLZ, *Sacred Witness: Rape in the Hebrew Bible*. Minneapolis, Fortress Press, 2010, 279 pp.

Estamos ante un libro escrito por una especialista, pero teniendo presente al gran público. La autora toma uno de los crímenes de la humanidad más atroces (la violación) y pretende encontrar en varios pasajes del Antiguo Testamento un testigo (muchas veces oculto) de esa aberración.

Después del índice de contenidos (pp. VII-IX) y de reconocimientos (pp. XI-XVI), se abre la obra con un capítulo introductorio en el que la autora presenta una visión panorámica sobre estudios anteriores hechos por especialistas feministas sobre la violación y también sobre la interpretación feminista de los textos bíblicos sobre violación. Allí deja sentados sus objetivos y el tipo de abordaje que asumirá.

El capítulo I, «Rompiendo el silencio: el legado de violación por un conocido» (pp. 27-51), presenta primero este tema en la sociedad actual y después lo trata a propósito de la narración de Dina en Gn 34, Amnón y Tamar en 2 Sam 13, Abisag y David en 1 Re 1,1-4 y Susana en Dn 13. El capítulo II, «Subyugada por género y clase: la violación de mujeres esclavizadas» (pp. 53-82), comienza con la historia de mujeres esclavizadas en Estados Unidos en el siglo XIX y presenta los relatos de Agar en Gn 16,1-16; 21,9-21; Bilhá y Zilpá en Gn 29,31-30,24; Rispá, hija de Aiá, en 2 Sam 3,6-11; concubinas de David en 2 Sam 15-19 y Abisag y Adonías en 1 Re 2,13-25. El capítulo III, «Controlando esposas: fantasías de violación matrimonial» (pp. 83-103), trata primero la psicología de la violación matrimonial y después los relatos de las hermanas-esposas en Gn 12; 20 y 26; la descripción poética de la relación de Yahvé con Israel en Os 2; y la historia de Urías, David y Betsabé en 2 Sam 11. El capítulo IV, «Regulación de la violación: el caso de la Biblia y las leyes del antiguo Cercano Oriente» (pp. 105-133), comienza con la presentación del tema de la evolución de las leyes acerca de la violación en Estados Unidos y presenta las leyes del Deuteronomio en Dt 21,10-14 y 22,22-29, como también otros textos extrabíblicos del antiguo Cercano Oriente de varias colecciones de leyes. El capítulo V, «Violación en grupo: en la cultura de la misoginia en la paz y en la guerra» (pp. 135-155), trata primero el tema del problema de la

violación en grupo en tiempos de guerra y sus raíces en el rol de los sexos en tiempos de paz, para luego presentar el estudio del relato de la concubina del levita y el rapto de las mujeres benjaminitas en Jue 19-21. El capítulo VI, «Perdiendo poder: la violación de hombres como temor masculino y realidad» (pp. 157-177), presenta los problemas alrededor de la violación varón-varón y mujer-varón, y presenta las narraciones del asesinato de Eglón por Ehud en Jue 3,12-30, el intento de la mujer de Putifar con José en Gn 39, el intento de violación de los ángeles huéspedes y las relaciones de Lot con sus hijas en Gn 19, y la dominación de Sansón por Dalila en Jue 16,4-22. El capítulo VII, «Resistir la teología de un violador: contra la poética de la violación en la literatura profética» (pp. 179-208), estudia la metáfora de la violación en discursos contemporáneos y después los pasajes bíblicos en los que las ciudades y las naciones son presentadas como mujeres humilladas o violadas por Dios o por ejércitos enemigos (Is 3,16-17; 13,16; 47,2-3; Jr 13,22.26; Ez 16; 23; Nah 3,5-7; Lam 4,21), como también dos pasajes en los que personas individuales describen la experiencia de ser dominadas por la divinidad (Jr 20,7-18; Job 30,21). Termina el libro con la conclusión (pp. 209-211), un índice de textos bíblicos y de otros antiguos (pp. 270-274) y otro índice de temas (pp. 275-279).

La autora, si bien está muy documentada y maneja una amplia bibliografía, sin embargo evita las discusiones pasándolas por encima, y en general se apoya en lecturas no muy aceptadas por la mayoría de los exegetas a través de criterios de plausibilidad. Incluso cuando hay una lectura dudosa del texto hebreo (por ejemplo alguna en que la BHS llame la atención como un duplicado, como en Jue 3,22b) o una acepción no común de algún término no muy usado (como en la interpretación del *hapax legomenon* פִּרְשָׁדָן, que la autora lo hace derivar de פִּרְשָׁ (p. 162), o el selectivo uso de tradiciones manuscritas (como en la narración de Susana, que argumenta con la versión samaritana [p. 45]), allí encontraremos su opción.

Su primer desafío es acercar una categoría actual como la violación (con tantos matices que ni siquiera se encontraría hace unos años en nuestras lenguas modernas) a los textos antiguos. Para eso, más que en terminología se apoyará en ideas, contextos repristinados de forma hipotética y, sobre todo, en sospechas en la lectura del texto bíblico.

La hermenéutica de la sospecha es muy utilizada no solo en la lectura feminista, la que la autora aborda en este libro, sino también en la lectura contextual en general. Por ejemplo en aquellos que estudian la historia de las prácticas religiosas en el Antiguo Testamento o la historia de la presencia del pueblo de Israel y sus tradiciones en el Cercano Oriente antiguo, etc. Es siempre un método abierto a muchas relaciones, cuyo éxito con-

siste en la coherencia, la plausibilidad y el estudio serio de los textos. A veces la sensación que da la lectura de producciones de este estilo es la de arbitrariedad, sesgamiento de los argumentos y poca seriedad. Pero en realidad eso proviene del material que se analiza, es decir, de esos *hapax legomena*, *crux interpretum* o pasajes abiertos (como la narración de la mujer de Putifar, p. 169) que de por sí son ambiguos. Esos son los pasajes elegidos por la autora. Su lectura es sugestiva, aunque puede ser acusada de parcial.

El hecho de iniciar cada capítulo con una historia actual ilustrativa del título elegido ya ubica al lector en una perspectiva hermenéutica determinada, lo que ayuda a seguir los pasos de la autora. Ella misma reconoce que los pasajes bíblicos elegidos pueden ser objeto de otras lecturas (p. 24). Scholz rechaza lo que llama una epistemología científico-empirista o empirista-positivista, que (ella cree) está detrás de muchos estudios histórico-críticos modernos de la Biblia. Por eso promueve un modo de interpretación bíblica que sea perspectivista, particular y sociopolíticamente situado, nunca objetivo, universal y neutral (p. 22).

Pero algunos trazos de este positivismo se pueden verificar en su trabajo, y Scholz los considera estratégicos, con dos objetivos: hacerse escuchar y contribuir a que desaparezcan las violaciones. En esta ambigüedad metodológica es donde se pueden poner reparos, como en el tratamiento que hace de Os 2,4-25. Allí no solo no tiene en cuenta el contexto de la imagen matrimonial, sino tampoco otras lecturas de tinte más histórico (pp. 93ss). Una cierta falta de rigurosidad en la argumentación hace caer a la autora en razonamientos circulares, como el de la p. 96, cuando, analizando el término פתה en piel en Ex 22,15(16), empieza con una conjetura (muy discutida), pasa a otra en Jue 14,15 y de ahí deduce que lo mismo se da en Oseas. Lo mismo se puede decir del estudio que hace de ciertos términos hebreos en los que adolece de un tratamiento más contextual.

De todos modos, sus miradas profundas sobre detalles a menudo pasados por alto por los exegetas son sugestivas. Las soluciones no siempre son satisfactorias desde el punto de vista metodológico, pero son importantes las preguntas que se despiertan desde esa perspectiva. Hay una crítica no solo a la aberración de la violación, sino también a muchos abordajes tradicionales de los textos que oscurecen aún más este aspecto de violencia. La lectura es ágil y llevadera, y eso ayuda más a dejarse preguntar por los textos analizados.

SANTIAGO ROSTOM MADERNA